

Galería Literaria.—Murcia y Martí, editores.

VIAJES

DEL CAPITAN

LEMUEL GULLIVER

Á DIVERSOS PAISES REMOTOS.

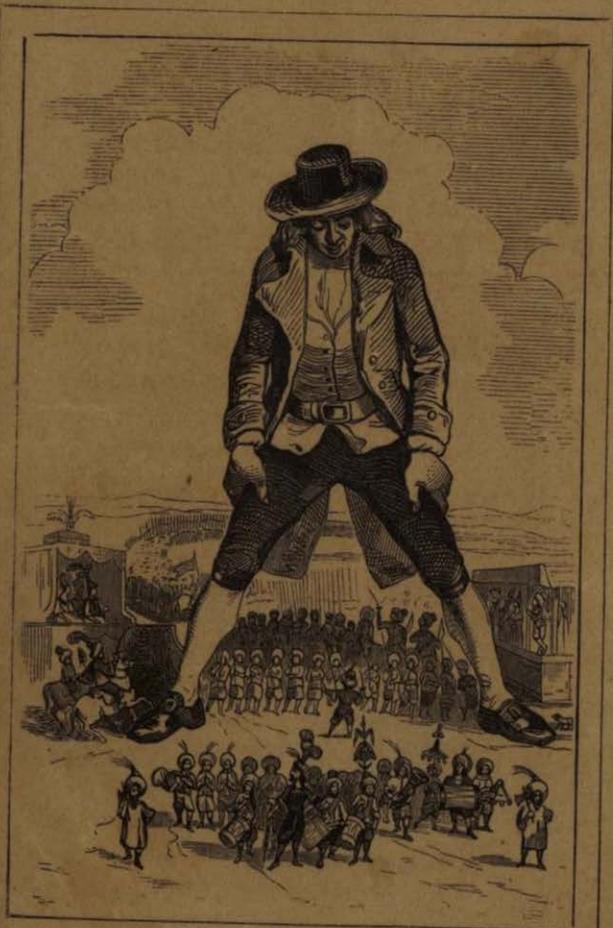
NOVÍSIMA TRADUCCION

ILUSTRADA CON LÁMINAS.

TOMO II.

MADRID:
Imprenta de la Galería Literaria,
Colegiata, 5.

1873.



Marchando por entre mis piernas con las armas al hombro,
desplegadas las banderas y tambor batiente.

VIAJES DE GULLIVER.

SEGUNDA PARTE.

VIAJE Á BROBDINGAG.

(Continuacion.)

CAPITULO III.

El autor recibe orden de pasar á la córte, en donde le compra la reina y le presenta al rey. Disputa con los sábios de su majestad. Le dan habitacion en palacio. Proviene favorito de la reina. Defiende el honor de su pátria. Querellas con el enano de la reina.

Las penas y fatigas que diariamente sufría ocasionaron un trastorno considerable en mi salud, pues cuanto más ganaba mi amo, tanto más crecía su ambicion. Habia ya perdido enteramente el apetito, y me habia puesto poco menos que un esqueleto. Mi amo lo advirtió, y viendo mi muerte próxima, determinó aprovecharse del tiempo con la mayor utilidad suya. De este modo discurría cuando llegó á la puerta

un Slardral ó caballerizo del rey, con orden de que me presentase al punto en la córte para divertir á la reina y á sus damas. Algunas de estas me habian visto ya y habian contado maravillas de mi gallarda figura, buen aire y dulzura de ánimo. Mucho celebraron mis gracias la reina y su real familia. Yo me arrodillé á sus piés en solicitud de besarlos con respeto; pero aquella afabilísima princesa me presentó el dedo pequeño de su mano, que estreché contra mi pecho, aplicando su extremo con veneracion á los lábios. Me hizo algunas preguntas generales tocante á mi país y viajes, á las cuales respondí con toda la distincion y laconismo que me fué posible. Tambien me preguntó si viviria contento en la córte: entonces, haciendo una reverencia hasta tocar con la cabeza en la mesa en que estaba, respondí con mucha sumision que era hijo de obediencia, pero que si dependiese de mi voluntad solamente, tendria todo mi gusto en consagrar mi vida al servicio de su majestad. Al instante propuso á mi amo si queria venderme, y como no deseaba otra cosa, porque no me daba un mes de vida, admitió prontamente el partido, señalando por precio mil monedas de oro, que sin detencion le pusieron en la mano. Yo pedí entonces á la reina

que pues ya era un esclavo suyo, me concediese por primera gracia que Glumdalclitch, en quien habia hallado tanta atencion, amistad y esmero, fuese admitida igualmente al honor de su servicio, continuando con el cargo de directora mia. S. M. condescendió, exigiendo tambien el consentimiento del labrador, que quedó tan contento de ver á su hija en palacio, como ella de no desamparar mi lado. Por último él se retiró, diciéndome á la despedida que en buen paraje me dejaba, á lo cual le contesté silenciosamente con una gran cortesía.

Notó la reina esta frialdad con que recibí el cumplimiento y despedida del labrador: preguntándome la causa, tuve la libertad de responder á S. M., que no reconocia otra gracia en mi antiguo amo, que la de no haber estripado con el pié á un animalito inocente hallado por casualidad en sus tierras; que este favor quedaba bien pagado con el provecho que habia sacado de manifestarme al público por dineros y con la suma que acababa de tomar en mi venta; que mi salud estaba muy quebrantada por tanta esclavitud y continua obligacion de divertir á la plebe á todas horas del dia; que si mi amo no hubiera temido mi muerte, no me hubiera comprado S. M. tan barato. Pero que como ya no

hallaba lugar en mí el temor de ser tan desgraciado en lo sucesivo bajo la protección de una princesa tan grande y benigna, el primor de la Naturaleza, la admiración del mundo, las delicias de sus vasallos y el fénix de la creación, esperaba que los celos de mi amo anterior saliesen vanos, pues que sentía ya mi espíritu recobrado del todo con el influjo de su muy augusta presencia; tal fué el resumen de mi discurso, pronunciado con bastantes barbarismos y no pocos temores.

La reina, disimulando con su bondad los defectos de mi arenga, quedó admirada de ver tanto valor y juicio en un animalejo tan pequeño: púsome sobre su mano, y sin detenerse me llevó á presentarme al rey, que estaba entonces recogido en su gabinete. S. M., príncipe muy sério y de semblante austero, no parando la vista por el pronto en mi figura, preguntó secamente á la reina que desde cuando se había hecho tan amorosa con los *Sptach-nochs* (pues me tuvo por un insecto de esta especie). Pero la reina, que era sumamente aguda, me puso de piés con mucho cuidado sobre el tintero del rey, y me mandó que dijese yo mismo á S. M. lo que era. Obedecí en muy pocas palabras, y Glum-dalclitch, que se había quedado á la puerta del

gabinete, no pudiendo sufrir que estuviese más tiempo fuera de su presencia entró, y añadió que me habían hallado en el campo.

El rey, que era un sábio á quien no igualaba ninguno de los de sus Estados, que había pasado su juventud en el estudio de la filosofía, y principalmente en las matemáticas, cuando vió de cerca mi figura y manejo antes de haber principiado á hablar discurrió que pudiese ser alguna máquina artificial, como un torno de asador, ó cuando más alguna especie de relój ejecutado por un buen artífice. Pero luego que escuchó mi voz y advirtió que aquellos débiles ecos eran producidos con discernimiento racional, no pudo disimular su admiración y asombro.

Mandó llamar á tres famosos sábios, que á la sazón se hallaban de cuartel en la corte y en su semana de servicio (según la admirable costumbre de aquel país.) Estos señores, después de haber examinado mi figura con mucha exactitud, discurrían con variedad. Todos convenían en que no podía ser un legítimo producto de la Naturaleza por el orden regular, porque carecía de la facultad natural de conservar mi vida, ya fuese por la agilidad, ya por la facilidad de trepar sobre un árbol, ó ya por la facultad de mi-

nar la tierra para hacer vivares donde esconderme como los conejos. Y habiendo observado mis dientes por largo rato, les obligó á conjeturar que sería un animal carnívoros.

Uno de los filósofos adelantó que era un Embrion, ó puro aborto. Pero esta opinion fué repugnada por los otros dos, que habian advertido que mis miembros eran perfectos y bien formados en su especie, y que habia vivido ya muchos años, como se evidenciaba de mi barba observada por un microscopio. No quisieron declararme siquiera enano, porque mi pequeñez no tenia comparacion, pues el enano favorito de la reina, que era el más pequeño que se habia visto jamás en el reino, tenia cerca de treinta piés de altura. Por último, despues de un gran debate, convinieron unánimemente en que era un *relplum scalpath*, que, interpretado literalmente, quiere decir *lusus naturæ*, decision muy conforme á la filosofía moderna de Europa, cuyos profesores, desdeñándose del antiguo refugio de las causas ocultas, con cuyo favor los sectarios de Aristóteles tratan de paliar su ignorancia, han inventado esta maravillosa decision de todas las dificultades de la física. ¡Admirable progreso de la ciencia humana!

Terminada que fué esta conclusion decisiva

tuve la libertad de hablar algunas palabras, y mirando al rey, protesté seriamente á S. M. que venia de un país donde mi especie vivia reparada en muchos millones de individuos de ambos sexos; que los animales, árboles y casas eran proporcionadas á mi cuerpo, y que, por consiguiente, lograba allí la facultad de defenderme y alimentarme con todos los demás socorros y comodidades que podia disfrutar en sus Estados cualquier vasallo de S. M. Esta respuesta movió una sonrisa desdeñosa en los filósofos, diciendo que el labrador me tenia bien instruido, y que yo no habia aprendido mal la leccion. Pero el rey, que estaba dotado de mejores luces, despidiendo á sus sábios, mandó buscar al labrador, que por fortuna no habia salido todavía de la corte. Examinólo en particular, confrontó despues su informe conmigo y con Glumdalclitch, y halló S. M. que cuanto le habia referido podia ser cierto. Encargó á la reina que diese orden de que me cuidasen bien y que continuase bajo la conducta y direccion de Glumdalclitch, porque habia notado que nos queríamos mucho.

Mandó la reina á su ebanista que me hiciese un cajon que pudiese servirme de dormitorio, con arreglo al modelo ó idea que le diésemos mi

directora y yo. El artífice era pasmoso, y en término de tres semanas me fabricó un cuarto de madera de diez y seis piés en cuadro y doce de altura, con sus ventanas, puertas y dos gabinetes.

Otro artesano excelente y muy celebrado por su curiosidad para trabajar juguetes, emprendió á hacerme dos sillas de una materia semejante al marfil, dos mesas y un armario donde poner mi ropa, y la reina mandó que luego al punto buscasen en todas las lonjas las telas de seda más finas para hacerme vestidos.

Aquella princesa gustaba tanto de mi conversacion, que no podia comer como yo no estuviese presente. Me ponian una mesita sobre la de S. M. y mi silla correspondiente, estando siempre Glumdalclitch al lado, puesta de piés sobre un taburete para cuidarme.

Tambien quiso el príncipe un dia conversar conmigo mientras comia. Me preguntó en órden á las costumbres, religion, leyes, gobierno y literatura de Europa: di razon de todo como pude, y sobre cada cosa iba haciendo S. M. las reflexiones y observaciones más sábias que le dictaban su perspicaz talento y juicio sólido. Habiendo llegado á los dos partidos que dividen la Inglaterra, me preguntó si era yo wigh ó

tory; y volviéndose despues hácia su primer ministro, que estaba detrás en pié con un baston blanco en la mano, tan alto como el palo mayor del soberano real, exclamó: ¡Desdichada naturaleza humana! ¡Cuán poco montan tus grandezas, cuando unos viles insectos quieren suponer tambien ambicion y gozar de rangos y distinciones entre ellos! Tienen sus andrajos con que cubrirse, vivales, jaulas y cajones que llaman alcázares y palacios; equipajes, libreas, títulos, empleos, ocupaciones y pasiones como nosotros. Entre ellos se encuentra el amor, el ódio, el engaño y la traicion como aqui. De esta suerte filosofaba S. M. acerca de lo que le habia referido de la Inglaterra, y yo estaba brotando de indignacion y coraje de ver mi pátria, la maestra de las artes, la soberana de los mares, la árbitra de la Europa, la gloria del universo, tratada con tanto menosprecio.

Pero nada me incomodaba ni ofendia tanto como un enano que tenia la reina, el cual siendo de una talla nunca vista en aquel país, se hizo tan insolente desde que vió otro hombre mucho más pequeño que él que no podia sufrir-se. Me miraba con una soberanía y desprecio singular, y no cesaba de burlarse de mi figura. Yo no tenia otro despique que llamarle her-

mano, siendo tanta su malignidad, que un día mientras comían estuvo esperando á verme descuidado, y cogiéndome por medio del cuerpo me precipitó en un plato de leche y echó á correr. Quedé sumergido hasta las orejas, de suerte que si no hubiera sido un nadador excelente me hubiera ahogado sin remedio. Glum-dalclitch habia pasado por casualidad hácia el otro extremo del cuarto, y la reina consternada del suceso no tuvo ánimo para socorrerme; acudió al instante mi directora, pero por pronta y diestramente que procuró sacarme, ya habia tragado más de una azumbre de leche. Me llevaron á la cama y no resultó más daño que la pérdida del vestido que quedó del todo inservible. El enano sufrió unos crueles azotes, cuyo acto presencié con cierto género de complacencia.

Quiero dar ahora al lector una ligera descripción de aquel país, según pude comprender de la parte que anduve. Toda la extensión del terreno es casi de tres mil leguas de longitud y dos mil quinientas de latitud, de donde infiero que nuestros geógrafos europeos se equivocan en creer que no hay sino mar entre el Japon y la California. Yo siempre imaginé que debia haber por aquel lado un gran continente que sir-

viese de contrapeso á el gran continente de Tartaria; así, pues, es preciso corregir los mapas y unir esta vasta extensión de tierra á partes Noroestes de la América, en que desde luego me ofrezco á ayudar con mis luces á los geógrafos. Aquel reino es una península terminada por la parte del Norte en una cadena de montañas que tienen cerca de treinta millas de altura, y todas son inaccesibles á causa de los volcanes que abundan en su cima.

Los más sábios ignoran qué especie de mortales habita de la otra parte de aquellas montañas ó si acaso está desierta. No se encuentra un puerto en todo el reino, y aquellos parajes de la costa por donde los rios entran en el mar, están tan cubiertos de rocas altas y escarpadas, y el mar tan agitado ordinariamente, que apenas hay hombre que se atreva á abordar; de modo que aquellos pueblos están privados de todo comercio con el resto del mundo. Sus rios principales abundan de pesca excelente; pero de qué les sirve si aún los peces de mar en el Océano son del mismo tamaño que los de Europa, y con respecto á aquellas gentes no merecen la pena de pescarlos, de donde se evidencia que la Naturaleza en sus producciones de plantas y animales tan enormes se limitó ab-

solutamente al continente, sobre cuyo punto me remito á los filósofos. Sin embargo, alguna otra vez suelen pescar en la costa ballenas de que se alimenta la plebe, y lo tienen por regalo. Vi una tan grande que apenas podía llevarla sobre hombros un natural del país. También las envían en canastos por curiosidad á Lorbruldrad, y aún soy testigo ocular de otra que presentaron sobre un plato en la mesa del rey.

El país está bien poblado, pues comprende cincuenta y una ciudades, cerca de cien villas cerradas, y un número mucho mayor de aldeas y alquerías. Para cumplir con el lector curioso, creo bastará la descripción de Lorbruldrud. Esta ciudad está situada junto á un río que la atraviesa y divide en dos partes casi iguales, en que se cuentan más de ochenta mil casas y en ellas casi seiscientos mil habitantes. Tienen de largo tres Clonglungs (que hacen cincuenta y cuatro millas de Inglaterra escasas), y dos y medio de ancho, según la medida que tomé en el mapa real dispuesto de orden de S. M., el cual extendieron en el suelo y me paseé perfectamente por su extensión, que era de cien pies de largo.

El palacio del rey es de una fábrica bastante irregular; más propiamente puede decirse

que es un conjunto de edificios de cerca de siete millas en circuito; las salas principales tienen doscientos cuarenta pies de altura y el suelo correspondiente.

Para que Glumdalclitch y yo saliésemos á ver la ciudad y sus edificios, nos destinaron un coche que, si no yerra mi cálculo, era un cuadro como el salón de Westminster ó poco menos, aunque no tan alto. Un día paramos en diferentes tiendas, y aprovechando la ocasión los mendigos acudían en tropel á las portezuelas. Jamás vió ojo inglés espectáculo tan espantoso. Como allí había de todo, estropeados, contrahechos, súcios, mal vestidos, cubiertos de plagas, tumores y animalitos, y todo aquello me parecía de un bulto enorme, hágase cargo el lector de la impresión que me harían semejantes objetos, y tenga la bondad de escusarme la descripción.

Las damas de la reina gustaban mucho de que Glumdalclitch me llevase consigo á sus cuartos para tener el entretenimiento de observarme de cerca y hacerme fiestas. A veces me ponían en cueros de pies á cabeza, para examinar mejor la delicadeza de mis miembrecitos, y luego me agasajaban poniéndome en su pecho con otras mil caricias. Pero ninguna de

ellas tenia el cútis tan fino como Glumdal-clitch.

Todo esto, á mi modo de entender, lo hacian por tratarme sin ceremonia como á una criatura sin consecuencia, que tampoco las estorbaba desnudarse ellas á mi presencia hasta quitarse la camisa, sin oposicion del pudor y buena crianza, mientras yo solia estar enfrente sobre su tocador, y á pesar mio no podia excusarme de verlas; digo á pesar mio, porque á la verdad aquella vision no me causaba el menor movimiento. Su cútis me parecia áspero, desunido y de diferentes colores, sembrado de manchas tan grandes como platos; sus largos cabellos colgaban á modo de una madeja de cordeles, y por este término veia toda la deformidad de su cuerpo, debiendo sacar por conclusion que la hermosura de las mujeres que nos hace tanta impresion no es más que una cosa imaginaria, pues no hallaríamos diferencia de nuestras europeas á aquellas si nuestros ojos fueran microscopios. Suplico al bello sexo de mi país no tenga á mal esta reflexion. Poco importa á las bonitas parecer feas á la perspicaz vista que nunca las ha de observar. Nada he dicho de nuevo para los filósofos, pero como sus ojos son lo mismo que los demás, á la vista de una her-

mosura se olvidan al instante de toda su filosofia.

La reina, que me hablaba á menudo de mis viajes por mar, buscando siempre ocasiones de divertirme si estaba melancólico, me preguntó un dia si tenia la habilidad de manejar una vela y un remo, y si seria conveniente á mi salud algun ejercicio de esta especie. Respondí que entendia de ambas cosas bastantemente. Que aunque mi empleo peculiar habia sido de cirujano, esto es, médico de navio, me habia visto muchas veces precisado á trabajar como un marinero; pero que ignoraba de qué modo se practicaba esto en aquel país donde el barco más pequeño equivalia á un navio de guerra de primer orden de los nuestros, además, que un buque proporcionado á mi cuerpo y fuerzas no podria fluctuar mucho tiempo en sus rios ni yo solo gobernarle. Entonces me dijo S. M. que si yo queria su ensamblador me haria una barquita, y no me faltaria paraje donde poder navegar. Con efecto, le di la norma y en diez dias me construyó un navio pequeño con todos sus cordajes, capaz de contener cómodamente ocho europeos. Luego que estuvo acabado dió orden la reina á su ensamblador que fabricase una artesa de madera de trescientos piés de

largo, cincuenta de ancho y ocho de profundidad, bien embetunada, la cual hizo colocar en el suelo de una sala exterior del palacio á lo largo de la pared. Para renovar el agua tenia su llave bastante baja, y en cosa de media hora podian muy bien volverla á llenar un par de criados. De esta suerte me proporcionaron que pudiese navegar para mi diversion y la suya, pues tanto la reina como sus damas manifestaban mucho gusto al ver mi destreza y agilidad. Alguna otra vez alzaba mi vela y me ponía á gobernar la embarcacion, mientras que las damas me daban viento con sus abanicos, y cuando se cansaban, los pajes impelian y hacian caminar el navio á soplos para que yo luciese mi habilidad á estribor ó babor segun me acomodaba. Y concluida la maniobra Glumdalclitch llevaba el navio á su gabinete y le colgaba de un clavo para que se enjugase.

En este ejercicio me sucedió un dia cierto accidente que pudo costarme la vida. Una criada de Glumdalclitch tuvo la gracia de cogermé para pasarme al navio que estaba ya en el agua, y dejándome escurrir entre sus dedos, hubiera caido infaliblemente de una altura como de cuarenta piés, si no tengo la fortuna de tropezar en la cabeza de un grueso alfiler

que tenia preso en su delantal, del cual quedé colgado por la pretina de los calzones, hasta que Glumdalclitch acudió á socorrerme.

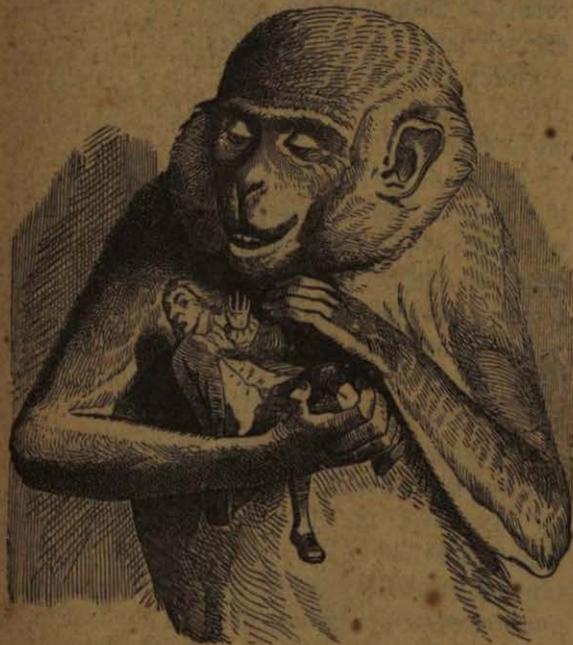
En otra ocasion uno de los mozos que tenian el cargo de renovar el agua de la artesuela cada tres dias, no vió una rana soberbia que iba dentro del cubo, y estuvo escondida hasta que entré en mi embarcacion, que hallando entonces un sitio á propósito donde poder descansar, saltó sobre ella, y la inclinó tanto, que si no hubiese acudido prontamente á hacer contrapeso del otro lado, sin remedio se hubiera hundido; por último, pude ahuyentar aquel enorme animal á golpe de remo.

Pero el mayor de los peligros en que me ví en aquel reino fué el que voy á referir. Glumdalclitch habia salido á una visita ó negocio propio, dejando echado el pestillo al salon donde estaba mi cajon, y abiertas todas las ventanas, porque el tiempo estaba caliente. Yo me habia sentado junto á mi mesa bastante pensativo y melancólico, cuando me sorprendió un ruido fuerte que sonaba ya á una parte, ya á otra. Aunque con recelos, tuve valor para examinarlo sin abandonar mi puesto. Cuál fué mi pavor al ver un caprichudo animal, que no cesaba de dar cabriolas por todo el aposento, que

se acerca á mi jaula, y mirándola con apariencias de gusto y curiosidad, fué asomando la cabeza á todas mis ventanas: Llegó á la puerta, y á pesar de mis esfuerzos para retirarme á lo más interior, sin presencia de ánimo para haberme escondido debajo de la cama, que era el mejor asilo, no pude escaparme de que me viese. El pícaro animal, que era nada menos que un mono del país, despues de mil gestos y cabriolas, metió una mano por la puerta, al modo de un gato que juega con un ratoncillo, y agarrándome por los tontillos de la casaca (que como era tela del país tenia demasiado resistencia), me sacó fuera. Cogióme en brazos, reclinándome sobre el derecho como ama que ateta á su infante, y pasándome la mano por la cara con mucha suavidad, me trataba como si yo fuera un monito recién nacido. Lo mismo he visto hacer á otro en mi país con un gato pequeño, pero me apretaba tanto cuando me escusaba á sus finezas, que ya llegué á conocer no me quedaba otro remedio que pasar por todo cuanto se le antojase.

Asustado de un repentino ruido que sonó hácia la puerta del cuarto, como de alguno que la abría, saltó prontamente á la ventana por donde habia entrado, y de allí al ala del tejado

inmediato, sin parar hasta lo más alto, desde donde escuché los lastimeros clamores de Glumdalclitch que parecía fuera de juicio. Todo aquel cuartel de palacio estaba alborotado, los



criados corrian á buscar escaleras, y mi mono, con gran seriedad, sentado en la cumbre del edificio, á la vista de mil gentes, me tenia en

sus brazos como á un niño, embutiéndome en la boca por fuerza algunas viandas que habia podido acopiar en la cocina. La canalla que me miraba celebraba todo esto como una gracia, ó como una fiesta que otro paga; y á la verdad, excepto para mí, el espectáculo era gracioso. Algunos tiraban piedras por ver si bajaba el mono, pero tuvieron que dejarlo por no romperme la cabeza.

Trajeron finalmente las escaleras, y subiéndome bastantes hombres, el mono se intimidó y desamparó el puesto, dejándome caer en un canal del tejado. Uno de los lacayos de mi directora, que era un mozo muy honrado, trepando como pudo me recogió y me puso en la faltriquera de los calzones para bajarme sin riesgo.

Ya me tenia casi ahogado con las porquerías que me habia embutido en el gazaate; pero mi buena aya me hizo vomitarlas y tomé aliento. Los abrazos de aquella fiera me dejaron tan quebrantado y débil, que me fué preciso guardar cama por quince dias, en cuyo tiempo el rey y toda la corte enviaban recado diariamente á saber el estado de mi salud, y la reina me hizo varias visitas. El mono fué condenado á muerte, y ejecutada la sentencia, se expidió

un real decreto para que desde entonces ninguna persona pudiese mantener semejantes animales en las inmediaciones de palacio. La primera vez que salí á visitar al rey, despues de recobrada mi salud, me dispensó S. M. el honor de chasquearme sobre esta aventura: me preguntó cuales eran mis sentimientos y reflexiones mientras estaba entre los brazos del mono; qué gusto tenian las viandas que me daba, y si el aire fresco que respiraba sobre el tejado no me habia excitado el apetito. Por último me instó á que le dijese qué hubiera hecho en igual lance dentro de mi país. Respondí á S. M. que en Europa no teníamos monos, á menos que los trajesen de países extranjeros, y estos eran tan pequeños, que no se hacian temibles; pero que respecto á aquella bestia feroz de mi aventura (que á la verdad abultaba tanto como un elefante), si el pavor me hubiera permitido hacer uso de mi sable (decia yo esto con gran denuedo, poniendo la mano sobre la guarnicion), cuando introdujo la mano por la puerta de mi cuarto, la hubiera dado una cuchillada tan fuerte, que acaso la hubiera retirado con más prontitud que la metió. Esforzaba yo mi discurso con un tono firme, como de una persona celosa de su honor que se vé ofendida; más todo

el aplauso que consiguió mi corage fué una gran carcajada de risa, que ni la respetable presencia de S. M. pudo reprimirla en los que le acompañaban. Aquello me inspiró la reflexión de lo que es la villanía del hombre en el caso de considerar su superioridad á vista del inferior que no puede competir ni compararse con él no obstante que lo habia observado muchas veces en Inglaterra, donde un hombrezuelo, que no es nadie, se ensalza y vanagloria, hace de personaje y trata de un modo dominante á todos los principales del reino, solo porque tiene algun talento.

Era muy raro el dia que no habia que contar en la córte nueva aventura mia, y Glumdalclitch, aunque me queria infinito, era la peor para llevar la noticia de mis sucesos á la reina, conociendo quanto la divertian. Por ejemplo, habiendo salido á pasearnos, me llevaba en su coche dentro de mi cajon de camino, y para que hiciese ejercicio mandó parar y me puso en el suelo: habia al pié un escremento de vaca, y yo, queriendo hacer ostentacion de mi ligereza fui á saltar por cima y caí en medio.

Quedé sumergido en basura hasta las rodillas, y no podia desenredarme; un lacayo me

ayudó y me limpió despues con su pañuelo; pero al instante lo supo lo reina, y los mismos criados lo divulgaron por todo el pueblo.

CAPITULO IV.

Diferentes invenciones del autor para agradar á los reyes. El rey se informa del estado de la Europa, cuya relacion hace el autor. Observaciones de S. M. sobre este artículo.

Tenia la costumbre de asistir al cuarto del rey mientras le vestian una ó dos veces en la semana, y con este motivo vi afeitarse en varias ocasiones, con bastante temor en los principios, porque la navaja era casi dos tantos más larga que una guadaña. No consentia S. M. esta operacion más que dos veces en la semana, segun la costumbre del país. Ocurrióme la idea de pedir al maestro algunos despojos de la barba de S. M., y habiéndomelos dado tomé un pedacito de madera, le hice muchos agujeritos á una distancia igual con una aguja, clavé en cada uno un pelo de la barba con suma destreza, y me proveí de un peine, que me hacia bastante falta, porque el que llevé estaba ya muy